ejercitar en su persona y en todo lo demás que estaba á su cargo. Traía una sotana tan vieja y remendada, que me obligó una vez á decirle: «Está ya tan andrajosa esa sotana para andar entre indios (despreciadores de la pobreza), que es indigna de traerse.» Respondió: «Antes ahora es más digna sotana y propia de quien ha hecho voto de pobreza, que no cuando nueva, que parecía sotana de clérigo seglar;» y por esto repugnó tanto el recibir una sotana nueva que yo le ofrecía, hasta que á pura instancia mía le mandó el Superior que la admitiese, y era la que llevó puesta á la Villa.

«Acostumbraba remendar él mismo sus vestidos; y diciéndole yo una vez que había en este Partido un indio medio remendón que pudiera hacer aquel oficio, respondió que tenía particular consuelo y gusto en remendar con sus propias manos, porque le parecía que ejercitaba mejor la Regla de la pobreza, que dice que á sus tiempos sientan algunos efectos de ella.

«Por la afición que tenía á la santa pobreza, solía decir, cuando venía á verme á este Partido, que sentía particular consuelo los días que vivía en estos aposentillos, diciendo le olían á pobreza, por ser todavía pequeños é incómodos, á lo primitivo de misión.

«Del amor que tenía á esta santa virtud nacía el decir que solamente por la pobreza tenía una santa envidia á las misiones del Japón, porque eran entre gentes de razón y caudal, donde pueden los misioneros (abstrayendo de la persecución presente) buscar *ostiatim* su sustento, sin atender á cosas temporales, como en estas misiones se atiende necesariamente, por ser sus moradores tan pobres y destituidos de todo lo necesario á la vida humana.

Su obediencia á los Superiores.

«Notable fué la edificación que siempre me dió el P. Martín con la exacción con que ejercitó esta santa virtud de la obediencia, no solamente en ordenaciones de monta, sino también en cosas mínimas en que sentía inclinada la voluntad del Superior, aunque no se le significase expresamente. Solía decir que no solamente se consolaba de que se le mandasen cosas difíciles y repugnantes á su gusto (porque fuera del mérito de la obediencia, había otro en vencerse y mortificar su voluntad), sino que también daba gracias al Señor por haber inspirado al Superior le mandase cosas difíciles y de mayor merecimiento.

«Y no solamente eran estos sentimientos especulativos en pro de la santa pobreza, sino que prácticamente los ejecutó en algunas ordenaciones de cosas, en que me consta tenía naturalmente gran repugnancia, venciéndolas con gran constancia de ánimo, sin género de proposición.

Su continua paciencia.

«En las demás virtudes se ejercitó el buen P. Martín con varios actos, según en las ocasiones se le ofrecieron. Pero en la paciencia con un ejercicio *per modum habitus*, por haber tenido una continua ocasión en ejercitarla, que fueron sus achaques perpetuos aun desde antes que entrase en la Compañía, los cuales, con la edad, se le fueron aumentando, hasta que finalmente le acabaron, padeciéndolos siempre

con tanta paciencia, como si no tuviese mal alguno, y con tanto consuelo y conformidad con la divina voluntad, que antes él mismo consolaba á los que nos compadecíamos de los dolores que padecía.

«En las otras ocasiones que *ab extrinseco* se le ofrecieron en que ejercitar la paciencia, fueron dignas de admirar é imitar las victorias que el buen P. Martín alcanzó de sí mismo, con tanto mayor mérito, cuanto fué mayor la fuerza que se hacía en vencerse, por ser naturalmente de complexión colérico-sanguíneo y de nación vizcaino; y por esto solía decir que los coléricos y vizcainos podían hacer pleno concepto de la heroica hazaña que se cuenta de nuestro Padre Ignacio, venciendo tanto su natural colérico, que lo juzgaban por flemático, del cual ejemplo decía que se había aprovechado en muchas ocasiones para vencerse á sí mismo.

Su oración y mortificación.

«El aprecio grande que el Padre tenía del ejercicio santo de la oración, se echaba de ver en el recurso, ó por mejor decir, habituación que tenía en acudir á él no solamente en todos sus negocios (no comenzando jamás ninguno, por mínimo que fuese, que primero no le registrase en la oración ante el divino acatamiento), sino también en las continuas muestras que daba de *interiori Domo*, recogiéndose siempre en ella á tratar con Nuestro Señor, al cual traía siempre presente, y de esta suerte venía á ser continua su oración.

«Una vez le dijo uno de los nuestros que por qué no usaba de ampolleta para la oración, y respondióle: «Porque con ninguna ampolleta se puede medir aquel *sine intermissione orate;* y pues no ha de haber *intermissione*, para qué ha de haber mensura de tiempo, sino que sin medida demos todo el tiempo á la oración, y no la oración al tiempo medido y limitado, andando escatimando en esto con Nuestro Señor.»

«Advertí en el P. Martín una perseverante y santa codicia de granjear siempre nuevos merecimientos mediante la virtud de la mortificación, procurándola ejercitar no solamente en cosas de monta, como es la perfecta guarda de los sentidos, con que los refrenó siempre, sino también en otras cosas al parecer menudas: vigilancia en la comida ó bebida, en el pararse ó sentarse, y en otras cosas leves, procurando en todas conservar el ejercicio santo del noviciado, mortificándose en cuantas menudencias se le ofrecían, aunque en su estima no lo eran, por la ganancia eterna que con ellas se adquiere.

«Aunque por causa de tener la salud tan quebrantada con dolores continuos de cabeza y opilaciones en el estómago, no podía ajustar con penitencias corporales sus fervorosos deseos, á lo menos en ellos no le hacían ventaja los eremitas de los yermos; y así, á este propósito solía decir: «Por un mal deseo consentido, castiga Dios con pena eterna, como por un buen deseo premia con premio eterno; ¿por qué no hemos de procurar tener infinitos buenos deseos para alcanzar infinito premio? Supuesta esta verdad, digo: que deseo eficacísimamente más de mil veces cada día hacer más penitencias de ayunos, cilicios y disciplinas, que las que hacen los más austeros anacoretas de los yermos.» Aunque tenía tan mala salud que no podía por todo el año (como deseaba) ejercitarse en penitencias, con todo eso, cuando se llegaban las fiestas de sus Santos devotos, procuraba recabar de su confesor le

concediese el poder hacer alguna particular penitencia por su Santo devoto, principalmente cuando llegaba el mes de Agosto (á que llamaba el mes santo por las muchas fiestas de sus Santos devotos que se celebran en él), y por esto solía decir: «Ya se llega nuestro Agosto en que cojamos *frutos dignos de penitencia.*»

«La penitencia grande que hizo aún siendo secular, fué causa de haber perdido la salud según él solía referir, diciendo que cuando era estudiante en Madrid, le deparó el Señor un confesor de los nuestros, de espíritu rígido y austero, que con facilidad le concedía cuantas licencias le pedía para hacer las penitencias que le dictaba su fervor (aunque indiscreto), pues era causa para que no manifestase á su confesor el daño que con tanto rigor recibía su salud.

De sus devociones.

«Sobre todas las devociones del P. Martín, la que tenía en primer lugar era la del Santísimo Sacramento, mostrándola no solamente en la continua meditación de este amoroso misterio, sino mucho más en la preparación con que procuraba celebrar el santo Sacrificio de la Misa, haciendo aparte ante todas cosas las diligencias posibles para llegar con la mayor pureza que pudiese, menudeando muchas veces la confesión y ganando varias indulgencias, y aparte después gastando muy largos ratos en la sacristía y en su aposento en la acción de gracias; y cuando había concurrencia de otros Padres en su Partido, procuraba oir todas sus Misas, por comulgar espiritualmente en ellas.

«Y de esta cordial devoción que tuvo al Santísimo Sacramento nacía el celebrar todos los años en los Partidos que administró, la fiesta del Corpus, con el mayor aparato que podía, y según la cortedad de esta tierra, en orden á avivar la fe de este divino misterio en los indios y á promoverlos á su frecuencia, aunque en la administración de él era notablemente circunspecto y prudente, no dándolo sin muy menudo examen, por la corta capacidad de los que lo habían de recibir.

«Para aumentar esta devoción al Santísimo Sacramento, no paró hasta comprar una pequeña Custodia de plata, un Tabernáculo dorado, Sagrario y una lámpara de plata con cantidad de aceite (privándose, para comprar todo esto, de la limosna que el Rey le daba para su vestir y sustento); y así los quince días que estaba de visita en el pueblo donde tenía este recado, ponía en la Custodia al Santísimo Sacramento, en cuya presencia gastaba muchas horas de día y de noche (á puertas cerradas), teniendo todos los ejercicios espirituales de oración, exámenes, lección espiritual y horas canónicas en la Iglesia, delante del Santísimo Sacramento, viviendo tan regular y devotamente, como si estuviera en algún Colegio.

«La devoción que tuvo á la Santísima Virgen fué muy afectuosa, mostrándola en lo más sustancial, que es no desagradar á su Santísimo Hijo, y en la imitación de sus virtudes, principalmente en la humildad y castidad y amor cordial que le tenía, valiéndose de su protección y amparo con grande confianza; y así le favoreció la Santísima Reina y Señora Nuestra en todas sus aflicciones, dándole muy prósperos sucesos en los negocios arduos que se le ofrecían.

«Por el filial y tierno amor que tenía á la Santísima Virgen (me decía) que desde que tuvo uso de razón la había constituido por su tesorera y depositaria de todos sus méritos y buenas obras que hiciese por toda su vida, para que ofrecidas por sus divinas manos fuesen más agradables á su Santísimo Hijo, y que Ella, como su limosnera, las aplicase á las almas del Purgatorio más necesitadas y desamparadas; en lo cual se echaba de ver juntamente su ardiente caridad, pues ni el valor de las Misas ni de las demás obras meritorias reservaba para sí algo, por socorrer con todo á las almas del Purgatorio, diciendo: «para la mía el Señor lo proveerá mediante la Reina del Cielo, pues es mi Madre y mi riquísima limosnera.»

«La devoción interior que tenía á la Purísima Virgen procuró mostrarla también en lo exterior, celebrando por todo el discurso del año sus festividades con toda la solemnidad posible, predicando á todas estas naciones las prerrogativas y méritos grandes de esta divina Señora, moviéndolos á tenerla estima y devoción; entablando la del Rosario, no solamente en traerlo todos al cuello (hasta los niños de pecho), sino también en rezarlo en la Iglesia, enseñados y acompañados del mismo Padre, que rezaba con ellos.

«Por no interrumpir por mucho tiempo la devoción de las Misas cantadas de Nuestra Señora, Salves y Letanías (que siempre acostumbró en los antiguos partidos), trajo, cuando entró á esta nueva misión, un maestro de capilla de voces, con que prosiguió su antigua devoción y con cuya asistencia y cuidado del Padre dentro de breve tiempo se formó dicha capilla de voces, celebrándose por todos los sábados del año y fiestas de la Virgen Santísima, á quien (para sellar últimamente la devoción y amor cordial que le tenía) le edificó (en este postrero año que vivió) una Iglesia, con título de la Asunción, muy suntuosa, con su torre, y tan curiosa y capaz (por ser de tres naves) que en cualquiera villa de españoles pudiera ser muy lucido templo. Y para aumento del mérito debido, por la edificación de la Iglesia, no parece sino que Nuestro Señor renovaba la licencia antigua concedida al demonio para ejercicio del santo Job, para que con la misma probase ahora la virtud y paciencia del Padre, como tan siervo suyo, mediante algunos estorbos con que (por espacio de un año) le procuró el demonio estorbar el edificio de la Iglesia, sirviéndose por instrumento de todos los cuatro elementos de la tierra, levantando en la de los gentiles, vecinos y enemigos nuevos alborotos y guerra comminatoria contra los cristianos, con que los divirtió por algunos meses, teniéndolos siempre con cuidado de *philistheum supernos;* del agua, llevándole con la avenida de un arroyo cantidad de madera que cerca de él tenía cortada; del fuego, quemándole unas madres que tenía desvastadas en un campo, hasta donde llegó el incendio prendido muy lejos de allí; y finalmente, se sirvió del aire, porque no obstante, todos lo estábamos viendo, que ya la Iglesia estaba cubierta, levantó (una noche) un huracán tan desecho y furioso, que derribó la mitad de la Iglesia, lo cual pudiera ser causa para que otro cualquiera se melancolizara y desistiera del todo de reedificar el templo, y más habiendo pasado y padecido muy grandes dificultades é inmenso trabajo para llegar á poner la obra en el punto que estaba. Pero el Padre no solamente no se melancolizó ni turbó, quedando con tanta paz y conformidad con la voluntad del Señor, como el santo Job después de otro huracán semejante, diciendo con él: *Sicut Domino placuit ita factum est, sit no-*

men Domini benedictum), sino que antes se animó tanto é indignó contra el demonio, que me escribió estas palabras: «hasta aquí prosigue el vizcaino espiritual (que así llamaba al demonio) en porfiar en que no se haga la Iglesia de su Reina y Señora. Pero digo que yo soy más vizcaino que él; fuera de esto tengo de mi parte la gracia del Señor y el favor de la Reina del Cielo (que lo uno y lo otro no le faltaba), con que pienso proseguir mi santa porfía y salir con la mía á pesar de todo el infierno junto;» y así lo cumplió, con el favor del Señor; de suerte que en espacio de cuatro meses (después de la ruina) acabó la Iglesia con toda la perfección que ahora tiene.

«Aunque siempre procuró el P. Martín esmerarse en la devoción que tenía á nuestro santo Padre Javier, pero mucho más la afectó en estos últimos cuatro años que gastó en esta nueva misión que administraba, considerándose en ella solo, como el santo Javier en la misión de la Pesquería; y así, procuró con todas sus fuerzas, y en cuanto sus achaques le daban lugar (como quien adivinaba y aun decía lo poco que le quedaba de vida), la perfecta y exacta imitación del santo, no solamente en la imitación de sus virtudes para la propia perfección, sino también en el fervor y celo para la salvación de las almas, procurando poner en práctica todos los medios que el santo Javier usaba, y las instrucciones que daba á los demás misioneros para enseñar y doctrinar á los nuevamente convertidos.

«Era admirable la confianza con que el P. Martín acudía á valerse de la protección y amparo del Santo Javier, en fin, como patrón y abogado de toda esta nueva misión; y así, no solamente jamás mostró temor á los gentiles enemigos de los cristianos y sus vecinos, sino antes siempre les causó á ellos muy grande admiración y aun miedo, viendo que no lo tuviese el Padre en las ocasiones que se le ofrecieron; no menos que llegar dos veces los enemigos á vista del pueblo (donde el Padre estaba) para acabarlo juntamente con los vecinos de él; pero el Santo patrón y Apóstol San Javier le libró siempre milagrosamente, arredrando y amilanando interiormente los corazones de los enemigos, para que ellos mismos, como impíos, huyesen *nemine persequente.*

«Y por la cordial devoción que tenía al Santo Javier y por la sensible protección y evidente amparo que había experimentado de tal patrón, le edificó (en acción de gracias) al segundo año de su misión nueva, una iglesia con título de San Javier, la cual, así como es la primera que se ha edificado al Santo en toda esta tierra, así en la perfección no es de las últimas que en ella hay, pues por ser muy capaz (con tres hermosas naves y muy suntuosa, con dos torres), pudiera cualquiera ciudad honrarse teniéndola por Parroquia.

«En lo natural fué el buen P. Martín de vivo y agudo ingenio, aunque por mortificarse y por su humildad lo reprimía; en la condición era un ángel, suave, agradable y apacible para todos, y solamente rígido para sí; tenía dón de prudencia, mostrándola en los acertados consejos y pareceres que daba á quien le consultaba; era naturalmente blando y compasivo aun de los animales irracionales. Tenía un ánimo noble, generoso y agradecidísimo por el más mínimo beneficio recibido. Era hombre de su palabra, cumpliéndola infaliblemente, aunque quebrantase su salud y gusto; su trato era siempre fundado en toda verdad, sin género de doblez. Y aunque era de tan pequeña estatura, pero era todo corazón y ánimo, dando muestras de él en los mayores

aprietos que se le ofrecieron; y aunque por una parte era tan humilde en su estimación, pero por otra era de altos y generosos pensamientos en servicio de Nuestro Señor, intentando siempre y aspirando á gloriosas empresas, para las cuales era muy considerado y prudente en los medios, pero eficacísimo en la ejecución de ellas. Estos y otros muchos buenos talentos depositó el celestial Padre de familias en su siervo fiel, con los cuales granjeó tanto, y los multiplicó, que con grande confianza podemos píamente afirmar que *intravit in gaudium Domini sui, etc.*

«Estos son algunos pocos puntos de edificación que he podido acordarme de la religión y perfecta vida de mi santo compañero el P. Martín, no ofreciéndoseme otros extraordinarios milagros; pero ¿qué mayor milagro que quien vivía de milagro con tan corta salud, procediese tan milagrosamente en toda su vida y con tanta perfección como si fuese de muy robusta salud, y con tan gran perseverancia y tesón en las obras de virtud, que se echaba de ver la solidez con que estaba fundado y habituado en ella? Todo lo cual apoya el justo y debido sentimiento que me ha causado su muerte, pues con ella he perdido un ángel por compañero y un espejo de toda perfección, aunque me consuela la consideración de que está gozando del premio de sus gloriosos trabajos en compañía del santo Javier, multiplicándose los intercesores y abogados de esta nueva misión, por cuyo aumento y progreso intercederán ante *Dominum, etc.*»

Hasta aquí la relación del P. Lorenzo de Cárdenas, que se ha empleado muchos años y con mucho fruto en la conversión de las naciones de Sinaloa, y trató muy de cerca y con mucha familiaridad con el P. Martín de Azpilcueta; y aunque no nos hizo particular relación de su dichosa muerte por no haberse hallado presente á ella, pero otro que asistía en el Colegio de Sinaloa cuando el P. Azpilcueta murió y se halló á ella, la escribió brevemente, diciendo que apretado de una ética calentura que le fué consumiendo, dió felicísimo fin á sus gloriosos trabajos y ministerio apostólico, muriendo con palma y corona de virgen, como se entendió. La paciencia en los gravísimos achaques de la última enfermedad, el silencio, la memoria de Nuestro Señor y valor de ánimo hasta la última boqueada, todo fué como de varón santo. Otro Padre, que ha sido maestro de novicios en nuestra Provincia y en España, fué connovicio del P. Martín, que entonces era Hermano, afirma de él que lo tenía por santo, aun antes que entrara en la Compañía, según era su virtud; y que se admiraba de ella el Padre que fué maestro de entrambos en el noviciado. Y con este sentimiento, haré el que mostró nuestro insigne predicador P. Jerónimo de Florencia, que cuando el Hermano Azpilcueta se despedía de él para venir á las Indias, con ser Padre tan grave, no pudo contener las lágrimas de sentimiento de que se privase su Provincia de un mancebo de tan grande virtud y esperanzas. Pero teníale Dios destinado y escogido para el glorioso empleo de las misiones de Sinaloa, donde tanto había de trabajar y tan abundantes frutos había de coger en la viña del Señor. Murió este su siervo el año de 1637, siendo de edad de poco más de 40 años, habiendo vivido en la Compañía unos 20, con el ejemplo de santidad que queda dicho. Está enterrado en nuestro Colegio de Sinaloa.